

“Nuevo Mundo” Madrid, 12 diciembre 1914.

## Indiscreciones

En este Madrid no salgo de mi asombro oyendo los comentarios que se hacen á la guerra europea y á la neutralidad española á su respecto. Desde luego es indiscutible que los partidarios de nuestra neutralidad son los más, y con mucho. Entra en ello, claro está, nuestro pacifismo, y más que pacifismo, cobardía, nuestro encogimiento nacional, exacerbado por varias causas. Dícese también, y acaso no sin razón, que á nada bueno conduciría el ir á hacer el ridículo y arruinarlos aún más sin provecho alguno. Pero hay otras razones y comentarios que pone espanto oírlos.

Ante todo, es cosa clara que muchos de los que por la neutralidad se pronuncian es porque ven la imposibilidad de que ayudemos, ni en poco ni en nada, á Alemania, y son decididos anglófobos ó francófobos. En tal situación están casi todas las derechas españolas.

He oído decir y repetir con gran seriedad, y como cosa evidente por sí misma, que el triunfo de los aliados significaría la continuación en España de la actual sórdida situación política interna, este horrendo nuevo turno en perspectiva, que asquea á todas las personas decentes. No sé de dónde han podido sacar esos pobres hombres la especie de que la actual Inglaterra, la Inglaterra acaso más revolucionaria, pueda influir lo más mínimo—claro que moralmente, y por consejo—en que se prolongue el estado actual, que halla su más fiel reflejo en la campaña neumática de nuestro Parlamento infra-bizantino. ¡Pero cualquiera les quita á ciertas gentes ciertas fantasmagorías de la cabeza! Y hay quienes, incapaces de ver las cosas en su cogollo, han dado en la flor de atribuir á influencias inglesa y francesa los más grandes disparates políticos que la irreflexión desenfronada pueda llevar á cabo en esta gran aldea que se llama, no se sabe bien por qué, España.

Dada la selvática ignorancia que aquí reina respecto á las cosas de Portugal, no es de sorprender los disparatados comentarios que se hacen á su naturalísima actitud frente al actual conflicto europeo. Pero lo estupendo es que á persona muy ilustrada y muy culta le he oído hablar muy en serio de aquella fantasía que se echó á volar acerca de la expansión portuguesa por Galicia, con vistas, claro está, á Laría.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

de Arosa. Parece mentira que haya quien piense en otro Gibraltar. Ante cosazas de esa laya no hay sino sonreírse, como me sonreí cuando á uno de mis mejores amigos portugueses le oí que llamaba á Galicia

**"IDEAL"**  
LAURETTE et F

la Alsacia y la Lorena de Portugal. ¡Y que no se roirán poco los gallegos al oírlo!

Pero aún se oyen cosazas más estupidas. Hablándome de la actitud del jaimismo—preferiría llamarle carlismo, con el nombre del muerto don Carlos, porque es más gráfico y más exacto, hasta por lo del muerto—y de su verbo retórico, me ha llegado á decir al oído, en uno de esos secretos á voces, que son delicia de los indiscretos, una persona que pasa por enterada, que á ese verbo se lo cultiva y adula y recibe visitas de ayudantes. Es, como se ve, en un país milagroso y teatral la afición á creer en cosas de tramoya y de bastidores.

Otra persona que se dá también por enterada, me habló misteriosamente de la organización de los requetés carlistas y de la posibilidad de una nueva guerra civil en el caso de que el poder de España quisiera romper la neutralidad, en una ú otra forma, á favor de los aliados. Y me añadió—¡ahora viene lo gordo!—que en ese caso se echarían al monte—porque sería al monte y no á la calle, pues los carlistas son montaraces, esto es, rústicos, aunque hayan nacido y se hayan criado en ciudad, y no callojeros—que se echarían al monte con ellos los no sé cuántos miles de alemanes que me dijo hay en España. Sólo le faltó añadir á mi fantasmagórico amigo que son oficiales alemanes los que, tocados de boina, instruyen á los requetés de nuestros jóvenes turcos. Porque eso es tomar á España por Turquía.

Todos estos y otros análogos desvarios denuncian una gravísima enfermedad de la imaginación nacional. Yo no sé si es que habiendo visto y viendo, como vemos, cosas tan ilógicas, tan absurdas, tan sin fundamento racional, los espíritus propenden á llenar el vacío de historia, de verdadera historia que sentimos, con ensueños de pesadilla de calenturiento.

El hecho de que el tintero que tengo aquí, sobre la mesa en que escribo, se levante de pronto por sí solo á los aires y empiece en ellos á danzar una frenética sarabanda sin que la tinta se



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

derrame, sería en sí un hecho sin transcendencia alguna, y para quien creyese en duendes ó tragos, una divertida anécdota. Pero á mí me causaría, estoy seguro de ello, un verdadero pavor. Porque me diría: «Una vez rota así la normalidad del proceso natural, ¿qué va á seguir á esto?» Y creo que se me pararía el corazón ante el terror de que llegaba el fin del mundo—de nuestro mundo lógico—ó de que me había vuelto loco.

En España hace tiempo que ocurren pequeñas cosas, muy pequeñas cosas, sucesos insignificantes, de esos de los que se dice que no vale la pena de comentarlos siquiera, y que equivalen, en el orden moral, social y político, á la danza esa aérea del tintero. El público, como cree en duendes, se divierte con ello, y los prestidigitadores—no pocas veces carteristas, quiero decir, los que se dedican á tomar y retener carteras—se divierten más aún. Y son tantos los pequeños espectáculos de magia, que ha acabado por corromperse la imaginación del pueblo y está preparado á ver que cualquier día se levante por los aires y emprenda el vuelo, no ya un tintero, sino la catedral de Toledo, ó el Banco de España, ó el río Tajo.

Y los que nos alarmamos por esa especie de normalidad de la anormalidad, los que nos indignamos de los pequeños sucesos, de las ínfimas trapacerías de los carteristas—con cartera ó sin ella—pasamos, ó por extravagantes, ó acaso por locos de remate. De mí, sé que ha dicho mi ex-amigo Maese Pedro, que estoy loco. Y todo, porque no celebro sus juegos de manos. Y es así natural, que los que no son ni traviosos ni locos, ni carteristas prestidigitadores, ni quijotes, es decir, los bobalicones, los que se ríen á boca abierta viendo las danzas aéreas de los tinteros, crean, ó en la conquista de Galicia por Portugal, ó en los cuchicheos del Poder con el verbo retórico del carlismo, ó en que oficiales alemanes, tocados de boina, aleeccionen en la táctica montaraz de la guerra civil á los jóvenes turcos de los requetés.

Y, por mi parte yo, loco, según mi ex-amigo Maese Pedro, y extravagante entre los carteristas, siento de tal manera vacilar mi locura, tan lógica, creo, como la de mi señor don Quijote, que me voy escapado á mi rincón de Salamanca á ver si encerrándome en la celda de mi manicomio y no viendo ya funciones de magia puedo librarme de la gigantesca tontería que ha hecho presa, merced á nuestra selvática ignorancia, en la mayor parte de las



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

